

la situación. ¿Protestar contra aquel género de industria sin aparentar sospechas de que mi padre especulaba con él? Eso únicamente es lo que podría hacer algún día, más tarde, cuando hubiera adquirido el derecho de hablar como un hombre.

Aferrándome á esta decisión, traté de calmarme, pero en vano, porque otra clase de agitación mucho más fuerte se había apoderado de mí. Nunca me había atrevido á mirar á una mujer, pues era un inocente que había vivido siempre en una atmósfera casta, pero que estaba muy propenso á conmoverse á la primera ocasión..., y de pronto hablaban de poner en mis brazos á una criatura hermosísima, capaz de amarme en cuanto me viese. Qué, ¿ya podía ser amado el tímido escolar por una criatura maravillosa que tenía trastornada la cabeza de todo aquel que llegaba á mirarla? No lo podía creer; me hacía el efecto de un cuento de hadas; pero ¿cómo rechazar aquella embriagadora ilusión?

Confieso que no pensé en echarle en cara que fuese hija de un contrabandista, y que las reflexiones de mi padre sobre este punto me parecieron muy juiciosas y de esas que no admiten réplica. Ciertamente, era muy natural esta alianza, para borrar mejor en los lazos de la complicidad

la mancha común; aquella mancha que podía serme reprochada un día al entrar por medio del matrimonio en una clase más elevada. Mi madre hacía mal, á mi parecer, en oponerse á aquella entrevista, cuyo solo pensamiento hacía latir mi corazón como si hubiese querido escapárseme del pecho.

II.

Traté de aparecer tranquilo al día siguiente, como si nada hubiese oído; pero estuve pensativo y mi conducta era extraña, pues tan pronto estaba taciturno como loco de alegría. No tenía ya ni apetito ni sueño; estaba enamorado, locamente enamorado de un fantasma, de un ser á quien tal vez no debía ver jamás, porque ¿cuántas cosas podrían pasar antes que mi padre volviese á hablar de su proyecto y de que mi madre dejase de combatirlo!

Tuve la idea de hablar á mis padres; pero me hubiese visto obligado á confesar que sabía todo lo demás; y sobre todo, mi amor me llenaba de una timidez invencible, teniéndome en un completo estado de confusión al mismo tiempo que de deliciosa embriaguez.

Volví al colegio esperando que el estudio me libraría de aquel tormento ó me haría tener paciencia hasta el año siguiente; pero no fué así. Aquel año estuve perezoso y apenas estudié. Mi madre lo supo y me censuró de una manera que yo no la creía capaz. Mi padre fué á verme á las Pascuas; creí que sería menos severo; pero lo fué aún más, y me declaró que si no conseguía algún premio no iría á la montaña. Me asustó tanto esta amenaza, que conseguí ganar el tiempo perdido y obtener las acostumbradas distinciones.

En cuanto estuvimos en la montaña, traté de averiguar por todos los medios si mi padre seguía pensando en su proyecto del año anterior. Yo tenía entonces diez y siete años, y ya me consideraba en edad.... ¡pero el proyecto parecía olvidado! Un día se habló de matrimonio á propósito de mi hermana, que continuaba diciendo siempre que quería hacerse religiosa, ó por lo menos institutriz. Cogí esta ocasión por los cabellos para decir muy alto y con tono decidido que hacía mal, y que yo, por el contrario, deseaba vivamente casarme joven.

En aquel momento sorprendí una mirada que dirigía mi padre á mi madre, como queriendo decirle: «Ya ves que era buena mi idea»; pero mi

madre pareció no entenderle, y dijo, dirigiéndose á mí:

—Estás tan equivocado como Juana. Es bueno casarse, ciertamente; pero cuando uno sabe lo que se hace. Sois dos niños, el uno muy joven para decir sí, y la otra más joven aún para decir no.

Insistí, pero torpemente y con un rubor que no pude ocultar.

—Mira—dijo mi padre que me observaba;—¡si parece que ya está enamorado!

Iba á decir que sí; pero me detuvo el pensamiento de que no podrían creer que estaba enamorado de una persona que no había visto, y mi padre, al juzgarme un loco, podría renunciar á hacérmela ver.

Yo no sé lo que iba á responder; pero la palabra amor había hecho enrojecer también á mi hermana, y hasta me pareció notar en su mirada una especie de indignación. Mi madre nos impuso silencio, y volví á caer en lo desconocido de mi destino.

Por la noche de aquel mismo día estábamos mi hermana y yo en el jardín sentados en un banco. Yo miraba las estrellas sin ocuparme de ella, que tampoco parecía cuidarse de mí. Mi hermana tenía entonces trece años; era alta, delgada, pá-

lida, rubia y extremadamente bonita y delicada. No tenía ningún parecido con mis padres ni conmigo, que éramos los tres morenos y fuertes. Su carácter no tenía ningún parecido con el de mi padre ni con el mío, y todos sus gustos diferían de los nuestros hasta el punto de que cualquiera hubiese dicho que era afectada. Tampoco tenía de nuestra madre más que el buen juicio y la bondad; pero había un punto de completa oposición entre ellas, puesto que á pesar de ser mi madre protestante, Juana había escogido desde su más tierna edad, según decían, la religión católica. Había en esto algo muy extraño, pues según la lógica de las cosas, siendo nuestros padres de Iglesias diferentes, y no queriendo estorbar los derechos el uno del otro, yo debía pertener á la comunión de mi padre, y mi hermana á la su madre. Sin embargo, había sucedido lo contrario; yo era protestante sin haber pedido serlo, como si la vocación de Juana por el catolicismo hubiese decidido á nuestros padres á cambiar sus respectivos derechos.

No recordé cómo habían pasado las cosas; pero en aquel momento pensaba en ellas, porque podían tener algo que ver con Manuela Pérez. Me decía que esta joven, educada en un convento, me

rechazaría tal vez por no pertenecer á su religión, y quizá sería aquel el obstáculo ante el cual se habría detenido mi padre.

No pude menos de preguntar á Juana:

—¿Sabes en qué consiste que no seamos de la misma religión?

Se estremeció como si la hubiesen despertado.

—No sé—respondió.—Sin duda cada uno habremos sido bautizados en la religión que seguimos.

—¿Tú estás bautizada en la católica?

—Sí, ¿no te acuerdas?

—No; era muy pequeño; no tenía más que tres años cuando tú naciste; pero ¿y tú? ¿cómo lo sabes?

—Porque no me han vuelto á bautizar en el convento.

—Pues qué, ¿el bautismo protestante no te hubiera valido para nada?

—Para nada; y si tú tuvieses un poco más de corazón, te harías católico.

—¡Yo!..... nunca.

Y pensando en Manuela, añadió:

—Si eso pudiera deshacerse..... quizá.....

—Siempre está uno á tiempo cuando quiere.— Mamá no diría que no, si papá lo exigía, y tú debías hablar de ello á papá.

—Papá no exigirá nunca nada de mamá; y además, es demasiado tarde. He llegado á comprender la superioridad de mi religión para no mirar un cambio como imposible y culpable—la respondí.

Desde entonces se estableció entre mi hermana y yo una continua discusión religiosa de que haré gracia al lector, pues ciertamente ninguno de nosotros sabía dar las verdaderas razones que hubiesen podido servir para defender su causa. Sólo decíamos tonterías, como sucede siempre que no tiene razón ni una parte ni la otra. Yo censuré á mi hermana por no amar á su madre tanto como debía, puesto que aceptaba una religión según la cual esta buena y tierna madre, modelo de abnegación y de virtud, debía ser condenada en la eternidad.

Entonces ocurrió un hecho extraño, cuya explicación no debía yo tener sino algunos años después.

Mi hermana, irritada, se levantó y me respondió:

—¡Calla! no sabes lo que te dices. ¡Eres un ciego, un ignorante, puesto que no conoces que yo no soy hija de tu madre.

—¿Qué quieres decir?—exclamé estupefacto.—¿Acaso tu religión fanática te enseña á renegar de los tuyos.

—No—respondió;—yo no reniego de mi padre, y le amo porque es mi padre. Amo también á mamá porque es buena, porque no me aparta de mi religión, y porque es para mí tan tierna y cariñosa como si fuese su hija; pero no por eso he de sacrificarla el reposo de mi conciencia y la esperanza de mi salvación eterna.

—¡Pero eso que dices es imposible..... extravagante, incomprensible!

—Lo que es incomprensible es que tú no lo sepas.

—Puesto que tan bien lo han ocultado, ¿cómo has llegado tú á descubrir ese secreto?

—Hace poco que lo sé.

—¿Cómo? Vamos, explícate.

—He oído á papá y á mamá que decían: «Su madre ha muerto al darla vida.—Ha heredado de ella la salud delicada.—Si no quiere casarse, la dejaremos libre.»

—Lo has soñado.

—No, no lo he soñado. Es cierto.

Nos llamaron para cenar, y al ver la ternura, siempre igual y no afectada, con que mi madre trataba á Juana, creí haber soñado. Yo estaba mucho más sorprendido que Juana, pues si ésta decía la verdad, había en su nacimiento circunstancias

extraordinarias que no la extrañaban como á mí. Casta é inocente niña, no pensaba que estando mi padre casado cuando su nacimiento, no podía ella ser más que una bastarda, sin nombre y sin familia. Mi padre era, según esto, culpable de infidelidad, y mi madre estaba dotada de una generosidad sublime y casi incomprensible.

Hice inútiles esfuerzos para recordar las circunstancias del nacimiento de Juana. Estaba tan preocupado, que no pude menos de preguntar á mi madre si Juana había nacido en Pau.

—No—respondió:—ha nacido en Burdeos.

—¿Estaba yo allí por ese tiempo?

—Sí, pero no puedes acordarte. Creo que ya es hora de acostarnos.

Tenía mi madre la costumbre de cortar todas las preguntas; así es que volví á caer en mis dudas.

¿Había estado mi infancia rodeada de misterios? No, no podía ser; Juana, con su devoción exaltada, debía estar sujeta á alucinaciones. No quise preguntar más, pero permanecí triste é inquieto.

Mi hermana era, después de mi madre, el ser que yo había amado más sobre la tierra; y aunque la impetuosidad de mi sexo me había separado á menudo de su lado, y el amor al estudio había tomado una

gran parte en mi vida, no dejaba por eso de conservar un gran fondo de ternura por la pequeña compañera de mi infancia. Lo único que mis recuerdos me precisaban bien, era el día en que mi madre, viéndome bastante fuerte para llevar aquella niña, había dicho, poniéndola en mis brazos:

—Cuida más de ella que de tí mismo. ¡Es tu hermana! ¡tu hermana! Algo más precioso que todo, y que debes defender más aún que tu vida.

Yo tomé aquello muy en serio, como todo lo que me decía mi madre, y además me enorgullecí con el cargo que me daban de pasear á aquella niña tan bonita, tan limpia y tan confiada en mí. La protegí y la cuidé tan bien, que mi madre me dejó llevarla al campo para coger flores, y cogíamos tantas, que al volver á casa traía yo á Juana sobre mis espaldas ó en su cochecillo, literalmente hundida en un montón de flores y de hojas, de donde salía solamente su preciosa cabecita rubia.

Un día nos encontró un pintor y nos detuvo para rogarnos que le dejásemos tomar un croquis del grupo que formábamos mi hermana y yo. Cuando terminó quiso besar á Juana, y yo me opuse con una dignidad que le hizo reír mucho.

Más tarde fui su profesor; la empecé á enseñar á leer, lo cual conseguí con mucha facilidad y sin

que la costara una sola lágrima. En el país, hasta el momento en que entré en el colegio, éramos inseparables, y las mujeres eruditas nos llamaban *Pablo y Virginia*.

Desde mi entrada en el colegio se enfrió algo nuestro cariño, pero no por eso la quise menos; así es que me pareció muy cruel que Juana quisiera persuadirse de una cosa imposible para dispensarse de ser mi hermana y de quererme como yo la quería.

Poco á poco este sueño pareció borrarse, tanto de la imaginación de Juana como de la mía; pero lo que siempre permanecía en mí era mi amor fantástico por la desconocida española. Viendo que mi padre parecía haber olvidado por completo sus proyectos, me dejé arrastrar por una idea romántica que ya había formado el año anterior. Resolví ir secretamente á Pamplona para tratar de ver á aquella maravilla de belleza. Ya tenía calculados el número de días necesarios para el viaje, y empecé á buscar el pretexto que daría para justificar mi ausencia, cuando una circunstancia inesperada vino á hacer mucho más fácil mi escapada.

Una mañana dejó mi padre una carta sobre la mesa, encargándome que la llevase al correo. Al fijar los ojos en las señas sentí que un estremeci-

miento recorría todo mi cuerpo, pues leí: «A don Antonio Pérez, Panticosa.» Tuve la malicia de leer en voz alta para atraer la atención de mi madre, que estaba ocupada en el otro extremo de la habitación. Lo conseguí, porque volvió la cabeza y dijo á mi padre:

—¿Vive allí ese Pérez?

—Sí; es su país, y está allí ahora con la *pequeña*.

Después se aproximó á ella y le dijo algunas palabras en voz baja, á las cuales no respondió mi madre más que encogiéndose de hombros y meneando la cabeza.

Llevé la carta al correo; pero en el momento de ir á echarla la retuve en mi mano y la guardé en el bolsillo. Partiendo en seguida, podía entregarla yo mismo á Antonio Pérez tan pronto ó más que el correo.

Estaba demasiado conmovido de mi repentina resolución para volver á mi casa, pues sin querer me hubiese descubierto. Tomé el camino de la montaña y llegué á la cabaña de un pastor que era amigo mío. Le rogué que fuese á nuestra casa aquella misma tarde y que dijera que yo no iría á dormir, porque me habían comprometido algunos cazadores amigos para que fuese á buscarlos al valle del *Ossone*. Tomé allí un poco de

pan y de leche, y seguí la dirección del *Ossone* durante algún tiempo; pero en cuanto el pastor me perdió de vista, me interné en una garganta lateral, resuelto á ganar la frontera.

Se necesitaba el gran conocimiento que yo tenía de las localidades, y la costumbre de recorrer los sitios más peligrosos, para atravesar así todos los obstáculos. Yo tenía especial gusto en esto, y había atravesado mil veces por sitios en que nadie se había atrevido á penetrar.

Llegué á la frontera por la noche y me detuve en la primera posada española, que era una pobre cabaña, donde dormí hasta el alba. Por este lado yo no conocía el país; pero hablaba con facilidad la gerga mitad española mitad francesa de esta región, y á través de nuevas montañas no menos ásperas que las francesas, llegué á Panticosa hacia el mediodía.

Era entonces Panticosa un pueblo de cincuenta años miserables, á las que daban sombra magníficos nogales. Este aspecto pobre me dió valor, porque se presenta uno con más serenidad en una choza que en un palacio. Pregunté por la casa de Antonio Pérez, y me indicaron un pequeño hotelito en buen estado, que era el único del pueblo, y al cual llegué un instante después.

Encontré al patrón sentado á la mesa, servido por una joven muy bella que no podía ser otra que su hija. Estaba muy impresionado; pero la mirada atenta y desconfiada de Antonio Pérez me dió fuerzas para luchar contra mi emoción.

Presenté mi carta, y Antonio Pérez la abrió y la leyó trabajosamente, como quien no está muy acostumbrado á leer manuscrito. La hermosa joven que le servía me miraba con tanta calma y atrevimiento, que hubiese logrado sonrojarme, á no tomar el partido de volver la cabeza para no encontrar sus ojos, dedicándome por completo al examen de su padre. Era éste un hombre rechoncho, de atléticas espaldas, cabellos crespudos y hermosas facciones cubiertas de un tinte bronceado. Debo confesar que su expresión de astucia y de ferocidad delataba más al brigante que al contrabandista. Me fué antipático hasta la repugnancia, y miré á su hija resuelto á huir de ella y á olvidarla si se le parecía.

No se le parecía; era aún peor, pues se veía á través de su belleza la expresión de la más cínica impudencia. Además estaba vestida con un descuido y una suciedad notables.

Curado de mi pasión como por encanto, avergonzado, pero libre de todo temor, esperé á que

aquel hombre terminase su lectura, y me sentí más decidido que nunca á no darme á conocer.

Pareció alegrarse con la lectura de la carta, porque le ví sonreír y contar por los dedos; después la guardó en el fondo de su bolsillo como si fuera un objeto que temiese perder. Entonces hizo una seña á su hija, que salió en seguida, y dijo volviéndose hacia mí:

—Está bien, muchacho. Has tenido que andar de firme para traerme esto, y te has ganado un vaso del mejor vino. ¿Cómo te llamas?

—Juan Buran—respondí.

—¿Eres de San Juan de Luz?

—De las cercanías.

—¿Y en qué te ocupas?

—En la caza de osos.

—¡Ah! Eres tan valiente y atrevido como guapo mozo. Vamos, bebe á mi salud como bebo á la tuya.

Manuela había vuelto á entrar con un jarro de vino que derramaba en un vaso de vidrio. Mientras que yo bebía de un trago aquel vino, Pérez me miraba con malicia, y tomando un tono de protección familiar, me dijo de una manera que me hizo enrojecer:

—¿Creo, bribón, que no serás contrabandista?

Le miré fijamente, y la expresión de su rostro decía bien claro: «Si eres contrabandista, sé bien venido á esta casa y dílo sin temor.»

—No, no soy contrabandista, ni espero serlo—respondí levantándome.

—Tienes razón—replicó con asombrosa tranquilidad—es un mal oficio.... y más peligroso que la caza de osos—añadió con una imperceptible mueca de desprecio.

—No es el peligro lo que yo temo, ni tampoco he dicho que el contrabando fuese un mal oficio. Sólo os he respondido que no era el mío, y nada más. Conque os saludo, así como á la señora, y me despido, á menos que no queráis responder á la carta que os he traído.

—No. Dí á Juan Bielsa que está muy bien; pero debes estar fatigado, y si quieres comer, descansar ó dormir bajo mi techo, ya sabes que aquí está todo á tu disposición.

—No—respondí—tengo que hacer. Muchas gracias.

Y salí de allí á buen paso, aunque estaba muy cansado: cené y dormí dos horas en una posada próxima, y por la noche volví á emprender mi camino.

Al día siguiente entraba en mi casa con las

orejas un poco gachas, como suele decirse; pero con el corazón tranquilo y la imaginación libre.

Como ya hacía tiempo que estaba yo triste y pensativo y me presenté alegre y hablador, mi madre se hizo cargo al momento de que estaba curado, y sin saber la causa de mi mal ni tampoco la de mi curación, se puso muy contenta y empezó á darme bromas.

Algunos días después estábamos Juana y yo en el jardín esperando la hora de la cena. Yo estaba alegre y me divertía con un pajarillo que mi hermana educaba.

—Gracias á Dios que te has vuelto otra vez amable—me dijo Juana.—Qué, ¿no estás ya enamorado?

—¿Acaso sabes tú lo que es estar enamorado? —le respondí.—No entiendes de eso, hermanita.

—Sí que entiendo—replicó.—El amor es pensar siempre en una persona que se prefiere á todas las demás.

—¿Te han enseñado eso tus religiosas?

—No, me lo han dicho mis compañeras.

—Pero tú no quieres casarte y desprecias todo eso.

—¡No sé! Tengo catorce años, y es la edad de decidirse.

—¡Oh! Aún tienes tiempo.

—Escucha. Si me prometieras no casarte nunca, yo haría lo mismo.

—¿Por qué? ¿Qué te importa que yo me case ó no?

—Tengo necesidad de amar á alguien.

—¡Claro!

—Y te amaría á tí si tú me amases á mí sola.

—¿Eres celosa?

—Muy celosa.

—¿Hasta con tu hermano?

—Sobre todo con mi hermano.

—¡Qué cosas os enseñan en el convento! Una hermana no puede estar celosa de su hermano.... Además, tú no me quieres tanto como eso.

—Te quiero *apasionadamente*.

Juana decía esto con un tono tan tranquilo y con tanto candor, que no pude menos de echarme á reir.

—¿Y á tu pájaro—la dije—también le quieres *apasionadamente*?

—No, no quiero así á todo el mundo. El amor es loco y culpable cuando no es legítimo y santo. El amor que se tiene por la familia es puro y meritório. Puedo, pues, amarte con toda mi alma sin desagradar á Dios, y así te amo; pero á tí, como

eres de la mala religión, no te han enseñado eso y me quieres muy poco.

—Estás equivocada. Te amo tiernamente.

—Pero ¿con toda tu alma?

—¡Oh! me parece que debo gran parte de ella á nuestros padres.

—Eso te lo permito, pero no admito á nadie más.

—Entonces no querrás que me case.

—No, no quiero, te lo prohíbo. ¡Me moriría de pena!

—No morirás, porque jamás he tenido menos ganas de casarme que ahora. Hasta que me dé esa idea tendrás tiempo de hacerte una persona razonable y de comprender lo que es la vida, sobre la cual veo tienes unas ideas extravagantes. Á mi parecer, las monjas te han educado muy mal, y debías no volver al convento y quedarte con tu madre todo el año.

—Me quedaré.

—¿Lo habíais ya decidido? ¡Muy bien!

—He sido yo quien lo he decidido ahora mismo, en vista de que lo deseas.

—¡Te estás burlando de mí y te hablo formalmente!

Juana prorrumpió en llanto, y ya no pude obte-

ner una palabra más. La encontré incomprendible y me alarmé al verla tan excéntrica. ¿Era un corazón agitado por la duda, ó un cerebro turbado por el misticismo?

Creí deber hablar á mi madre, y me sorprendí al ver que no se inquietaba.

—Juana es así—me dijo—muy singular, aunque muy buena y muy dócil. Tú no puedes hacerte cargo de su carácter, porque apenas estáis juntos; pero ahora la observas y te extraña. No te inquietes y sé siempre muy bueno para ella; es una naturaleza á la cual no se puede persuadir, pero sí vencer por la ternura. No se la puede llevar hasta hacerla pensar como uno piensa, pero con la afeción se hace de ella lo que se quiere.

—¿Por qué, entonces, la has dejado abrazar el catolicismo?

—Proque lo había prometido.

—¿Á quién? ¿Á nuestro padre? ¡No creo que le importa mucho eso!

—¿Me reprochas? Pues no lo merezco..... Pero ahí llegan unos viajeros. Sal pronto á su encuentro.

Éramos así interrumpidos á cada instante, pues mi padre no se había equivocado. Los baños de *Saint-Sauveur* estaban en boga, y nuestro pe-

30715

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

queño establecimiento parecía prosperar. Sin embargo, yo que hacía las cuentas extrañaba la desproporción que había entre la carestía de los comestibles y la baratura de nuestras ventas. Mi padre decía que era necesario obrar así y saber perder al principio para hacer parroquianos y ganar después; pero más tarde supe que nuestra venta no era más que un pretexto para ocultar el verdadero origen de nuestra fortuna, que no tenía otro que el contrabando, al cual se entregaba mi padre con más actividad que nunca, aunque sin salir de su casa y sin que nos fuese posible saber quiénes trabajaban de acuerdo con él. Al famoso Antonio Perez no le veíamos jamás, y sin embargo la correspondencia era constante entre mi padre y él.

Libre al fin de la obsesión amorosa que tanto me había hecho sufrir, estudié más que nunca, y al año siguiente (1840) terminé mis estudios y tomé el grado de bachiller.

Cuando fui á ver á mis padres con mi diploma y la esperanza de empezar en seguida la medicina, encontré á mi hermana instalada en la casa.

Había dejado el convento definitivamente, y llamándome aparte me dijo:

—Te prometí quedar bajo la tutela de mamá,

y si no lo cumplí en seguida no ha sido por mi culpa, sino por la de ella, que ha querido que reflexionara antes de renunciar á mis ideas. Ahora estamos de acuerdo. Ya no quiero ser religiosa ni dejar á mi familia, y estudiaré en nuestra casa. ¿Estás contento?

—Contentísimo—dije abrazándola—pues creo que eres y serás desde ahora tan sensata como hermosa y buena.

Juana enrojeció, respondiendo que no era hermosa ni buena.

—Una santa como tú—la dije—no tiene por qué enrojecer. Es Dios quien te ha dado la belleza, y es indudable que Él ama lo bello, puesto que lo ha derramado á manos llenas sobre el universo.

Mi hermana se ruborizó aun más y fué á ocultarse, como si la lisonja de un hermano la hubiese escandalizado ó asustado. Pensé que aquel era un rasgo de su antiguo y extraño carácter.

Mi padre estaba entonces en casa; yo tenía vacaciones, y aquel año no debíamos ir á la montaña, pues habíamos alquilado por una buena cantidad la casita por la estación veraniega. Todos tuvimos un sentimiento al saber que no íbamos.

—Volveremos el año que viene—nos dijo mi

padre;—allí somos conocidos y estamos acreditados por nuestra baratura. He conseguido obtener la preferencia sobre los demás restaurants campestres. Ahora la casa está acreditada, pero no puedo doblar los precios de la noche á la mañana, que es precisamente lo que hará el que me reemplaza. Se volverán contra él y verán con alegría que vuelvo yo el año que viene; pero tragarán el anzuelo y pagarán lo que deban para que nuestros negocios marchen bien. Sin embargo, como ahora no marchan demasiado mal, no quiero privaros de viajar durante vuestras vacaciones. Os llevaré á Burdeos, donde conozco mucha gente, y ya vereis cómo os gusta.

Yo nunca había visto el mar, y la idea de ir hasta el Océano me llenó de alegría. Mi hermana sonrió y dijo que también se alegraba. Mi madre no hizo objeción ninguna y partimos.

En cuanto llegamos, mi madre condujo á Juana á los almacenes de novedades y la compró un precioso vestido que mi hermana se puso con un poco de vacilación y temor. En el convento usaba un trajecillo de uniforme que aun no había querido abandonar. Tuve que decirle que estaba ridícula así, porque yo tenía sobre ella, no influencia, pues como había dicho muy bien mi madre, no

se la persuadía, sino una singular autoridad. Bastaba una palabra mía para que hiciese al instante lo que yo deseaba.

Cuando la ví vestida como convenía á su edad y á su posición, me deslumbró la gracia y la distinción de su persona, y como quería siempre ir colgada de mi brazo, pude ver, cuando salía con Juana y con mi madre, que todo el mundo se fijaba en ella y la admiraba.

Mi madre conocía muy bien Burdeos y sus alrededores; así es que mi padre, después de habernos instalado en un buen hotel, no tuvo necesidad de volver á ocuparse de nosotros. Parecía que se había establecido en el puerto como si fuera en sus dominios. No pasábamos por allí nunca sin encontrarle hablando con los armadores ó los capitanes de los buques mercantes, y algunas veces con hombres de rostros problemáticos. Estaba, al parecer, muy ocupado, no explicando nunca la naturaleza de sus ocupaciones, pero siempre contento y lleno de confianza. Su carácter igual le hacía agradable á todo el mundo. Era el tipo de la bondad, á pesar de su tono brusco y de su fisonomía enérgica.

No contaré aquí nuestra excursión al mar, nuestra sorpresa ante tantos objetos nuevos, ni mi ale-

gría al ver un teatro hermosísimo y oír en él á buenos artistas. Mi hermana vaciló mucho en asistir á esta diversión profana. Por fin la decidí á que fuese, y estuvo muy atenta; pero no pude saber si lo que experimentó fué placer ó espanto. Había en ella algo de misterioso que se sentía uno obligado á respetar.

Ya lo habíamos visto todo, y al día siguiente debíamos volver á nuestra casa, cuando, encontrándome solo con mi padre, ví venir hácia nosotros un hombre de fisonomía no vulgar, pero sí inquietante, que al principio no reconocí; mas en cuanto estuvo á dos pasos de nosotros me alejé, no queriendo ser reconocido yo mismo; era el famoso contrabandista Antonio Pérez.

Como yo había cambiado mucho desde hacía dos años, y mi traje difería tanto como el suyo de aquel con que nos habíamos visto, Pérez no se fijó en mí y entabló con mi padre una animada conversación.

Había en el puerto un vapor que partía para España, y ví que Pérez se disponía á tomar en él su pasaje. Mi padre parecía hacerle muchas preguntas y recomendaciones. Fueron interrumpidos por la llegada de dos mujeres: la una de mediana estatura, con una graciosa mantilla que cubría

se rte de su rostro, de talle flexible y bien formado, y manejando el abanico que llevaba en la mano con una gracia especial; la otra alta, gruesa y bella, pero vulgar, vestida como una camarera y llevando algunos paquetes. Esta, que reconocí al instante, era Manuela, la que yo había visto en Panticosa; pero la otra, ¿quién podía ser?

Pérez tomó el brazo de la de la mantilla y subió con ella al vapor; la otra los siguió. Mi padre los acompañó hasta la escalerilla, saludó á la primera, hizo una seña de despedida á la segunda, estrechó la mano á Pérez y volvió á mi lado.

—¿Quiénes son esos?—le dije.

Y para disculpar mi curiosidad añadí que creía haberlos visto en alguna parte.

—Te equivocas—respondió mi padre—no puedes conocerlos. Es mi amigo y asociado Antonio Pérez y su hija Manuela.

—¿Cuál?

—¡Cuál ha de ser! Esa tan bonita que lleva la mantilla. La otra es la criada.

—Pues tiene un aire muy atrevido la criada—añadí por decir algo que no dejase decaer la conversación.

—¡Ah, diablo!—dijo mi padre sonriendo—está algo mimada.... Antonio Pérez es un poco

amigo de.... Es viudo, no muy delicado, y esa montañesa.... ¿pero en quién diablos has ido á fijar tu atención, hombre? A la hija debías haber mirado. ¡Esa sí que es bonita y bien educada!

—No he podido ver su rostro.

—¿Por qué te has separado?

—Por discreción. Podrís tener que hablar reservadamente.

—¡Qué lástima! Hubiera querido presentarte á ellos; pero aun tardará el vapor algunos minutos en salir. Subamos á bordo.

Rehusé, porque Pérez hubiese podido reconocerme y me hubiese visto en un apuro para explicar mi escapada del año anterior. Además tuve mucho miedo de volver á caer en mi locura. ¡Me había turbado tanto el nombre y el fantasma de aquella Manuela! Por verla, en otro tiempo había andado treinta leguas por entre rocas, torrentes y abismos.... y ahora estaba allí y no me atrevía á dar un paso para conocerla.

La verdad es que Pérez, aquel hombre que viajaba descaradamente con su hija y su querida, me era cada vez más odioso.

—¿Dónde van?—pregunté á mi padre con indiferencia.

—Van á hacer un viaje de recreo—me respon-

dió.—Creo que piensan dar la vuelta á España y que volverán por Gibraltar, á menos que no se detengan algún tiempo en Cádiz. No sé si serán ricos, pero se divierten en grande.

—¡Que les aproveche!—pensé.

Sin embargo, no podía alejarme de allí. Mis miradas estaban fijas en la toldilla de aquel barco donde había visto entrar á las dos mujeres.

Por fin dieron la señal de partida, y cuando el barco comenzó á agitar sus ruedas, vi á Pérez que saludaba á mi padre, y á su hija que acudía al puente para decirle adiós también. Había levantado su velo y me pareció bella como un ángel, pero el viento llevaba hacia ella el humo del vapor; una nube la envolvió, y ya no la vi más que como una sombra ligera que se fué borrando poco á poco. No conservé de sus facciones más que una viva impresión, pero no un recuerdo bastante claro para que pudiese evocar su imagen en mis sueños.

III.

Volví para tomar órdenes de mi madre, que me había dado varios encargos. Había salido con mi